



Un domingo con Andrés

Eliana Castro Gaviria

Es domingo, día de perdición. Los domingos uno tiene adentro todo el bloque de su melancolía, de su perpendicular agobio y soledad. Pero eso no lo digo yo, lo dicen las cartas que Andrés escribía los domingos en las tardes. Andrés odiaba los días –las horas– perdidos; el único analgésico que aliviaba su dolor de domingo era la escritura: quizás escribir un cuento, un guión, algo que no estuviera ligado a él.

Hace treinta y cinco años Andrés no está. Andrés se fue: fiel a sí mismo. La única fidelidad posible y necesaria. La última vez que hablé sobre él, un amigo me dijo: “A Andrés Caicedo no se le entiende si no se lo leyó como comiéndose un cerebro de mango maduro en una pesadilla. O un mango muy biche, pero baboso y con sal”. Como si por fin acabara de entender el misterio, respondí: “Claro, ahora entiendo: o te lo devorás, o mejor no probás. Como diría Solano Patiño, un observador que

esté en uno de los extremos no ve el centro. Es demasiado oscuro”. Porque quien se acerca a Andrés, debe adentrarse sincera y completamente a esa tristeza y desesperación que hay en toda su obra.

La última vez que lo vi, sí, a Andrés, fue hace un mes y medio en la Biblioteca Luis Ángel Arango: sonriente, daba la entrada a la exposición que preparó Luis Ospina sobre su vida y obra. Como ante un tesoro, con la misma emoción y delicadeza, me acerqué a sus cartas, a esa letra suya, tan sutil a veces, tan desesperada otras; a su máquina de escribir, a sus poemas, a sus guiones de obras de teatro, a sus afiches de la época: “Porque no se trata de ‘sufrir me tocó a mí en esta vida’, sino de ‘agúzate que te están velando’”. Fue una última vez íntima. Andrés no dejó de sonreír en aquella fotografía que el Matacandelas hizo célebre. Andrés estaba tan joven como lo puede estar un muchachito de veinticinco años y seis meses.

El primer encuentro

La primera vez que supe de Andrés Caicedo, yo tenía diecisiete años y estaba en el primer semestre de la universidad. En cualquier almuerzo, un compañero de clase contó la historia de un primo suicida, voraz lector del caleño. En la historia, el primo se había hecho

profundas heridas en las muñecas con un cuchillo después de leer ¡*Que viva la música!*! Pero, como Andrés en su primer intento de suicidio, el tipo no murió ahí, por lo que utilizó sus últimas fuerzas para lanzarse desde la ventana de su habitación. Un cuarto piso, valga decir.

La temible historia despertó en mí gran curiosidad que ni las bibliotecarias, ni la biblioteca de mi pueblo pudieron satisfacer, porque solo había dos libros del caleño y ninguno estaba disponible. El primero era *Angelitos empantanados*, que aparecía en préstamo desde hacía un año; el segundo, *Destinitos fatales*, una recopilación de Sandro Romero que nadie encontró en ninguna sección aunque aparecía como disponible. Otros libros de, o sobre Caicedo, estaban desperdigados por todos los colegios públicos de Rionegro, pero no en la Biblioteca Municipal.

En medio del desánimo, la historia de búsqueda se quedó quieta por un par de años. Ese mismo



día encontré cualquier otro libro, ese

seguramente me llevó a otros y yo me olvidé de la historia del suicida. Hasta la tarde de abril en que el profesor de periodismo llevó uno de los mejores cuentos del caleño, “Infección”, para leer en clase. Para ese entonces, yo ya tenía diecinueve años y, como cualquier estudiante de periodismo, estaba maravillada con la forma, con experimentar, con escribir de todo, de lo propio y lo ajeno, y Andrés lo hacía perfecto: “Odiar es querer sin amar. Querer es luchar por aquello que se desea y odiar es no poder alcanzar por lo que se lucha”.

Durante las siguientes clases, una especie de amistad se afianzó con el profesor y eso me permitió al fin comenzar a leer cuentos como “Patricialinda”, “Infección”, “Calibanismo”, “Maternidad” y “Noche sin fortuna”. El último día de clase, y como una especie de agradecimiento por el interés en las lecturas, ese mismo profesor me regaló *Angelitos empantanados* en la edición Cara y Cruz de Norma. En esa portada que siempre me ha parecido demasiado tierna para la historia —un jovencito con alas y un corazón en sus manos—, aparece una de las frases que mejor describen a Andrés y que es dicha por el personaje que más me gusta del libro, El pretendiente: “Terror... tal palabra significa para mí un lugar común”.

Esa misma noche leí los tres relatos que componen el libro: “El pretendiente”, “Angelita y Miguel Ángel” y “El tiempo de la ciénaga”. Lo primero que me sorprendió fue la capacidad para definir tan bien a cada personaje: desde Angelita Rodante y su belleza en los buses, hasta Solano Patiño, el más hablador y saludador. Pero sobre todo, “El pretendiente”; algo en ese personaje me caló en el alma: tal vez fue su agonía, su soledad, su desequilibrio luego de una pérdida. Valga decir que después, cuando vi la obra del Teatro Matacandelas, adoré más al personaje por la inolvidable y excelente interpretación de Diego Sánchez, uno de los actores más reconocidos de la ciudad.

Con la distancia que dan los años, también debo contar que el comienzo de estos *Angelitos* me sigue alterando todos los sentidos, como la primera vez que lo leí. Sobre todo porque permite encontrarse de entrada con un personaje agitado y agobiado por desordenados y dolorosos recuerdos, un hombre que se impone la tarea de encontrarles una sucesión, una armonía, no para justificar el estado en que comienza a narrar la historia, sino para neutralizar tanta capacidad para herirse. Tanta tristeza hay en ese primer párrafo y tanta desesperación, que urge leer la historia. Una necesidad apremiante por escribir como mecanismo de liberación.



Andrés escribió, a los diecinueve años, esos tres relatos. A la misma edad, yo tuve el libro en mi biblioteca y me impresioné por la forma como alguien había logrado dominar tan bien las palabras a sus escasos diecinueve años, que son una época de pocas responsabilidades y entusiasmo desbordante: el tiempo de la ciénaga. El mejor de los relatos es precisamente ese, el último: el tiempo en el que Angelita y Miguel Ángel salen del burgués norte de Cali a recorrer el sombrío sur. A encontrar la muerte. Después de ahí vino todo: cuentos, cartas, ¡*Que viva la música!*—a la cual sobreviví porque se debe pecar por inocencia para pensar que por un libro alguien se quita la vida—, recopilaciones y un poco de amor para las crónicas de Sandro Romero, ferviente admirador de Andrés y de

ahí vino más, porque por medio de Andrés uno llega a la literatura de Poe y Lovecraft, al cine de Buñuel, Bergman y Polanski, a la salsa de Richie Ray y al rock de los Rolling.

Un par de compinches en la ciudad

Los mejores libros de mi vida los recuerdo como tales, porque me han dejado las mejores amistades de mi vida. Ya sea porque en alguna esquina coincidimos hablando de un mismo libro o porque decidimos emprender con alguien más el descubrimiento de un autor.

Mi amiga Yésica—tan mona como la rubia, rubísima de María del Carmen Huerta—hace parte de mi historia con Caicedo: con ella leí fragmentos de *Angelitos empantanados*, con ella vi hace un año el ciclo que preparó el cineclub de Kinetoskopio sobre el cinéfago, que culminó con el corto adorable de *Los amantes de Suzie Bloom (Historia para western)*. Con ella leí las mejores cartas de Andrés en *Mi cuerpo es una celda*, la autobiografía preparada por el chileno Fuguet. Al tiempo, ella en su casa y yo en la mía, vimos *Unos pocos buenos amigos*, el documental de Luis Ospina. Ella leyó “El atravesado”, mientras yo encontré en una biblioteca lejana de pueblo la primera edición de Colcultura de *¡Que viva la música!* Al tiempo nos enamoramos y a ninguna nos ha traicionado.

Con Yésicame adentré en la vida de un muchachito que desde los trece años tenía una carrera contra el tiempo, a quien apodaban Pepito Metralla y que no soltaba su máquina de escribir ni en las mejores fiestas. Un tipito comprometido con el cine y la literatura, amante de las historias de vampiros, que primero quiso ser actor y luego se hizo director, a quien solo escribir lo mantenía vivo. Un hombre al que la ausencia lo hacía escribir, enamorado de Patricia superdivina, que intentó dos veces su suicidio, hasta que ingirió las sesenta pastillas de Seconal.

El último de nuestros planes es viajar a Cali a finales de año. Ya tenemos veintiún años, edad en la que Andrés comenzó a sentirse un anacronismo, así que es justo cumplir con el compromiso de pisar las calles que él maldijo y escuchar allí la salsa que tanto bien le hizo. Hace un año planeamos el viaje, pero la Rubia partió para Brasil sin tiempo para cumplir con otros viajes. Cada que comentamos nuestras intenciones, nos preguntan si pretendemos cerrar un ciclo o algo parecido. Quien haya leído y quiera como se quiere a Andrés Caicedo, sabe que nunca se cierra ningún ciclo, que la decepción de sus días permanece en uno. Se mezcla con la de uno.

Por ahora, es domingo, noche de perdición. He soportado un domingo más gracias a Andrés y al analgésico que produce leer y releer sus cartas de domingo. Andrés se fue, pero quedó el mito que él siempre procuró: “Mi sufrimiento amainará mientras me dure la fuerza que me haga seguir escribiendo”.

Eliana Castro Gaviria es estudiante de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad de Antioquia —Seccional Oriente—. Escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Máter*.